

INTRODUCCIÓN

Los «voluntarios» del franquismo. El Servicio Universitario del Trabajo como experiencia de politización juvenil

Francoism's "volunteers". The Servicio Universitario del Trabajo as an experience of youth politicization

Pilar Mera Costas¹

Universidad Nacional de Educación a Distancia
pmeracostas@poli.uned.es

Carlos Domper Lasús²

Universidad de Zaragoza
cdomper@unizar.es

Durante la Guerra Fría, Europa occidental experimentó el reencuentro de dos grupos sociales que habían estrechado sus lazos a lo largo del convulso periodo de entreguerras. Al calor de la explosión de la sociedad de masas que se produjo en esos años, la etapa de la juventud se convirtió en un periodo vital con identidad propia, con una visión del mundo muy definida en pugna con la de sus mayores y a la que intentó sobreponerse, buscando imponer su modelo y sus intereses al conjunto de la sociedad. La juventud se convertía así en un

¹ ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-7198-118X>

² ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-6096-2103>

agente subversivo del orden previo a la Gran Guerra, que se percibía como caduco y para el que ya no había espacio tras un enfrentamiento bélico tan brutal. Fue precisamente la experiencia de contacto y convivencia que muchos jóvenes de clases medias y altas adquirieron en las trincheras de aquella guerra lo que estimuló entre ellos una apertura real a los problemas de su comunidad y la asunción de una mística interclasista que afloraría con intensidad durante las tareas de reconstrucción en la inmediata posguerra. De hecho, en ese contexto de reconstrucción las aproximaciones al mundo obrero por medio del trabajo voluntario de estudiantes universitarios fueron pensadas como estrategias de educación juvenil (por ejemplo, el Servicio Civil Internacional, International Voluntary Service) Con todo, donde más caló esa mística interclasista fue en los discursos desarrollados por el fascismo en sus diferentes manifestaciones, que planteaban la eliminación de las clases sociales y no dudaron en poner en marcha organizaciones de trabajo que permitieran la unión de estudiantes y obreros, entre las cuales, el Servicio del Trabajo del Reich (Reichsarbeitsdienst) fue sin duda la más conocida³.

Tras los duros años que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial, los estudiantes y los obreros volvieron a encontrarse en una Europa que gracias a la construcción del estado del bienestar empezaba a acostumbrarse a la seguridad material, al orden social y a la apariencia de un relativo reparto de la riqueza. Este periodo coincide con la progresiva socialización política de las generaciones que se habían criado en la posguerra mundial y la entrada en la universidad de jóvenes procedentes de las nuevas clases medias beneficiadas por el progreso económico y los consensos sociales de posguerra, precisamente la realidad contra la que se rebelarían en un proceso que culminó en mayo de 1968⁴. Ajenos a la experiencia directa de la guerra, estos jóvenes se movilizaron y manifestaron frente a la generación de sus padres en defensa de nuevas causas. Este activismo condujo a la convergencia entre estudiantes procedentes de un mundo de clases altas y medias con los obreros de las fábricas europeas, que tiene su imagen más icónica en el grito que llamaba a la solidaridad entre los agentes históricos de la revolución en mayo de 1968. Si en los años treinta los estudiantes universitarios fueron un sujeto fundamental en la configuración política y social de estos movimientos totalitarios, también formaron parte activa en la recomposición de la nueva izquierda a partir de la segunda mitad de los años cincuenta, apostando por nuevos marcos de transformación política inspirados en una lectura heterodoxa del marxismo que cuestionaba el modelo soviético y sentía fascinación por los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo⁵.

³ PATEL, 2013.

⁴ HORN, 2007.

⁵ KATSIAFICAS, 1987. RENAUD, 2021.

Este ciclo de movilizaciones generó el marco idóneo para que la atención de esta nueva generación que se formó en las universidades europeas se centrara en la clase obrera, buscando aproximarse a ella para profundizar en una realidad que fuese más allá de la cotidianeidad de la incipiente sociedad de masas estable y consumista en la que vivían. Estos jóvenes experimentaron un proceso de socialización política que con frecuencia se inició a través de sus experiencias de voluntariado, un fenómeno extendido a lo largo del continente. Este tipo de experiencias heredaban el espíritu del comunitarismo y del obrerismo fascista, así como de un catolicismo de raíces maritainianas que se vio alimentado por el impulso de experiencias como las vivencias de los sacerdotes franceses en el Servicio del Trabajo Alemán o el desarrollo de las organizaciones juveniles y obreras de Acción Católica, que alentaron un enfoque pastoral de misión centrado en el mundo obrero y apostaron por una renovación teológica de implicación en el mundo terrenal y apuesta por la justicia social que culminaría en las reformas del Concilio Vaticano II⁶.

España, a pesar de permanecer al margen de la construcción democrática europea como consecuencia de la supervivencia del régimen franquista a la derrota de los fascismos, también experimentó este fenómeno. No obstante, esa anomalía, compartida con Portugal, provocó que lo hiciera de manera bastante distinta. Tras el final de la Guerra Civil, la juventud española en general y los estudiantes en particular experimentaron un acusado proceso de despolitización. Los primeros afectados fueron sin duda los profesores y representantes sindicales de los estudiantes que habían apoyado primero, y defendido después, de uno u otro modo, a la República. Muchos fueron expulsados de la universidad, otros tantos tuvieron que exiliarse para evitar la cárcel e incluso la muerte. Ahora bien, los vencedores también se vieron afectados, aunque desde la confortable situación que les brindaba su condición. Así, el propio Sindicato Español Universitario (SEU), organización falangista que había capitalizado gran parte de la movilización contra la Segunda República, tuvo que aceptar y adaptarse a su propia transformación en sindicato oficial de los estudiantes encargado de velar por los intereses de la dictadura y no de tratar por todos sus medios de derribarla. Esa nueva universidad, y la mayoría de los jóvenes que formaban parte de ella, estaba integrada principalmente por miembros del bando vencedor de la guerra, pertenecientes a las clases alta y media alta. Se trataba, por lo tanto, de jóvenes leales al régimen que formaban parte del grupo de la sociedad española menos afectado por las estrecheces, la represión y los abusos que sufrieron grandes sectores de la población a partir de 1939.

La década de los cincuenta supuso el inicio del fin de la lealtad, o como mínimo no hostilidad, de los estudiantes hacia el franquismo. A comienzos de

⁶ HORN, 2015.

esta, ninguno de esos jóvenes había participado ya en la Guerra Civil, cuyos principales relatos místicos les habían sido transmitidos por sus familias cercanas o por sus instructores de las organizaciones de encuadramiento juvenil del régimen. A lo largo de esos diez años, esos chicos (fundamentalmente eran hombres) se toparon de bruces con la estrechez cultural de la dictadura, con su cara represiva y con la miseria e injusticias que soportaban en el día a día amplísimas capas de la población. Todo ello hizo que a lo largo de los años cincuenta comenzaran a separarse, de manera lenta pero continua, de la dictadura y sus valores al calor de diferentes acontecimientos como las protestas contra Gran Bretaña por la cuestión de Gibraltar en 1954, el homenaje frustrado a Pio Baroja o el entierro de Ortega y Gasset en octubre de 1955, así como la prohibición gubernativa del Congreso Nacional Universitario de Escritores Jóvenes.

Esta desconfianza acabó explotando en febrero de 1956, fijando lo que con los años se vería como un claro punto de no retorno en la relación entre los estudiantes y la dictadura franquista. Al calor del despliegue de una época de cambio a nivel internacional, el movimiento estudiantil dejó atrás una actitud inconformista, de disidencia moral y ética, para madurar e ir adquiriendo de manera progresiva, primero, un distanciamiento hacia el gobierno y, finalmente, una conciencia antifranquista. En este sentido, el final de los años cincuenta y el arranque de los años sesenta fueron testigos de la eclosión en el interior de las facultades de las principales ciudades del país, donde hasta entonces solo existía el PCE, de diferentes organizaciones y grupos clandestinos como el Frente de Liberación Popular (FLP), la Federación Universitaria Democrática Española (FUDE), la Agrupación Socialista Universitaria (ASU) o los sindicatos democráticos. Todos ellos lograron insertarse en los ámbitos universitarios e intelectuales hasta el punto de conseguir infiltrar el SEU y destruirlo a mediados de la década.

Sin duda, el Servicio Universitario del Trabajo (SUT) fue una de las organizaciones del régimen que, sin pretenderlo, mostró a esos jóvenes inquietos las fuertes contradicciones sociales, políticas y culturales que se escondían tras los relatos heroicos y cubiertos de oropel que les habían contado desde pequeños sobre Franco y su dictadura. El SUT nació como una iniciativa particular del padre Llanos, un sacerdote jesuita con un carácter profundamente espiritual y totalmente convencido de que la victoria de los rebeldes en la guerra suponía una oportunidad dorada para crear un hombre nuevo y superar el enfrentamiento entre los españoles al que, según él, habían conducido la República y la Guerra Civil. Durante los dos primeros años (1950 y 1951), fueron los jesuitas quienes se hicieron cargo de la logística de los campos de trabajo que se desarrollaron en las Minas de Rodalquilar (Almería). El objetivo de estas actividades era mejorar la calidad moral de los jóvenes universitarios españoles, provenientes de familias acomodadas de clase alta y media alta, dándoles la oportunidad de conocer las condiciones laborales y vitales de quienes trabajan

en las minas, las fábricas o el campo. El éxito de la iniciativa y los contactos del padre Llanos dentro de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET-JONS) hicieron que, a partir de 1952, el SEU se hiciese cargo de la gestión del SUT y sus actividades. A decir verdad, la filosofía que impregnaba esta nueva organización encajaba como anillo al dedo con el discurso del SEU que, en la estela de la mejor tradición fascista, apostaba por la unidad entre estudiantes, obreros y campesinos, así como por la eliminación de las clases sociales y la cooperación entre empresarios y «productores».

La participación de los estudiantes mantuvo una dinámica creciente a lo largo de la década de los cincuenta, lo que provocó que se multiplicase el número de campos de trabajo y de participantes. Este interés cada vez mayor hizo que el SUT ampliase su programa de actividades, que ya no se limitó a las vacaciones estivales. Así, durante el curso y con el objetivo de mantener el contacto de los estudiantes con la realidad precaria de los obreros y de hacerlo en su propia ciudad, nació el trabajo dominical. Este servicio permitió a los estudiantes descubrir la existencia de núcleos chabolistas en su entorno más cercano. Estos núcleos habían surgido al calor de la emigración del campo a las ciudades, que se disparó a partir de mediados de los cincuenta. La labor de los universitarios se centró en intentar mejorar la situación de estos cinturones de infraviviendas, a los que las autoridades municipales no prestaban atención. Construyeron viviendas, mejoraron sus condiciones de saneamiento, prestaron asesoría jurídica y apoyo educativo y realizaron campañas de atención sanitaria o de mejora de la alimentación infantil. El barrio del Pozo del Tío Raimundo, donde el padre Llanos desarrolló durante años su labor, fue el primer caso y el que más fama alcanzó, pero esta actividad no se limitó a Madrid, sino que los sutistas (miembros del SUT) la pusieron en marcha en las principales ciudades universitarias⁷.

Desde la perspectiva de la dictadura, la iniciativa logró un éxito amargo. Por un lado, se convirtió en una de las actividades más demandadas de las que el sindicato único ofrecía a los estudiantes. Por otro, para muchos de ellos constituyó el trampolín que dio inicio a su proceso de concienciación social, primero, y de politización antifranquista, después. Ahora bien, quienes iban a los campos de trabajo, sobre todo al principio, no lo hacían como consecuencia de haber desarrollado una temprana conciencia política, sino porque o bien querían observar esa España para ellos desconocida, o bien para pasar unas vacaciones diferentes. No obstante, con el paso de los años, el SUT no solo se convirtió en una puerta abierta a la concienciación social y politización de muchos jóvenes que descubrían durante los duros veranos de trabajo que todo

⁷ MUÑOZ SORO, 2017: 156-180.

lo que les habían contado era mentira. Además, precisamente por ese potencial politizador que le concedían tanto su propia naturaleza como los ámbitos en los que operaba, comenzó a ser utilizado por estudiantes progresivamente ajenos al régimen, que veían en él un espacio idóneo para el proselitismo. De hecho, tras la crisis de 1956 muchos sutistas acabaron integrándose en las diferentes organizaciones clandestinas que, como hemos indicado más arriba, empezaron a surgir en el seno de las principales facultades del país. De este modo, aparecieron dentro del SUT dos corrientes. Una de ellas defendía una visión tradicional de la organización, que insistía en el valor del testimonio y el contacto directo con el mundo del trabajo manual para completar el proceso formativo de una manera integral, pero sin aspirar a cambiar las cosas. La otra estaba formada por quienes, tras constatar la miseria y las injusticias sociales, querían actuar para ponerles fin de la manera más efectiva posible. La existencia de estas dos almas no pasó desapercibida para las autoridades del SEU que, con el paso de los años, fueron conscientes de que el mismo se había convertido en un foco de opositores. Así, singularmente desde 1963, cuando se inició la movilización de muchos estudiantes a través de las cámaras de facultad y haya una fuerte hostilidad de los delegados críticos hacia el sindicato único, el SUT se convierte en un elemento autónomo y crecientemente al margen de una dirección sindical que busca su subsistencia política. De hecho, el SUT sobrevive al propio SEU, tras su disolución final del curso 1964-1965, al amparo de la Delegación-Comisaría que sucede al sindicato.

A pesar de que el SUT es, sin duda, un objeto de estudio envidiable para comprender el proceso de cambio social que tuvo lugar en España entre mediados de los años cincuenta y la década de los ochenta, la historiografía le ha prestado muy poca atención. De hecho, hasta hace poco, solo ha habido algunas referencias laterales en trabajos sobre los estudiantes y la juventud en el franquismo. Sin embargo, en los últimos años se han producido una serie de circunstancias que han permitido a un grupo de historiadoras e historiadores estudiar con detalle esta organización de voluntariado. Por un lado, un conjunto de antiguos miembros del SUT, reunidos desde 2017 en la Asociación de Amigos del SUT (AASUT), y desde mucho antes de manera informal, han estado recopilando documentación escrita y fotográfica sobre la organización y sus actividades, creando un archivo y una página web (www.sut.org.es) que constituye una base documental excepcional para analizar dicha institución. Por otro, ese mismo año de 2017, el grupo de investigación liderado por Miguel Ángel Ruiz Carnicer desde la Universidad de Zaragoza, integrado por historiadores como Javier Muñoz Soro, Nicolás Sesma o Luca LaRovere, y en colaboración directa con la AASUT, obtuvo financiación del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades para desarrollar el proyecto de investigación «El servicio universitario del trabajo (SUT) en la España de Franco. Una perspectiva europea comparada, 1950-1970» (HAR2017-85967-P).

El trabajo conjunto que han realizado durante los últimos años estos dos grupos de personas ha permitido analizar esta iniciativa del padre Llanos que atrajo la atención de miles de estudiantes españoles entre 1950 y 1970 con la profundidad que merece. El presente dossier, cuyos editores (Pilar Mera-Costas y Carlos Domper) y varios de sus participantes (Daniel Canales, Fátima Martínez y Guillermo Sáez) forman parte del grupo dirigido por el profesor Ruiz Carnicer, es uno más del conjunto de productos académicos y audiovisuales surgidos de dicha colaboración. Aparte del mismo, merecen ser destacados la grabación del documental dirigido por Miguel Ángel Nieto, *La Transición Silenciada* (Diagrama Producciones, 2017); la realización de cuestionarios creados por los miembros del grupo que fueron rellenados por decenas de exsutistas; la publicación del libro *Una juventud en tiempo de dictadura. El Servicio Universitario del Trabajo (SUT), 1950-1969* (La Catarata de los Libros, 2021) o la organización del congreso internacional *Juventud y mundo del trabajo en la posguerra 1945-1968*, en mayo de 2021, en la Universidad de Zaragoza.

Así pues, este monográfico aspira a mejorar, desde una perspectiva multidimensional, la comprensión del proceso de cambio social que experimentó el régimen a partir de los años cincuenta y los movimientos juveniles que surgieron en su interior. Para ello, se articula alrededor de dos grupos de artículos. Los tres primeros contextualizan la iniciativa del padre Llanos en el contexto económico-social, cultural y policial en el que se desarrolló. En concreto, el primero de ellos, cuyos autores son Claudio Hernández y Gloria Román, ofrece una descripción analítica del mundo en el que los jóvenes del SUT desarrollaron su actividad de voluntariado, mostrando los niveles de desigualdad y pobreza, tan diferentes de su realidad cotidiana y de la versión del mundo que conocían a partir del relato franquista. Se trata de un texto clave para comprender el choque profundo que supuso para ellos el contacto con este mundo cuya existencia no habían alcanzado siquiera a imaginar y el contrapunto necesario para encajar las diferentes piezas del monográfico. Partiendo del caso de Andalucía, Hernández y Román profundizan en el ambiente político y cultural en el que actuaron los sutistas, prestando atención a las heterogéneas y cambiantes actitudes y mentalidades de la población durante estos años cruciales para la dictadura.

A continuación, Carlos Fuertes proporciona una visión global sobre el avance de las actitudes críticas entre la juventud española durante las últimas dos décadas de la dictadura franquista, huyendo de una visión centrada en la vanguardia del movimiento estudiantil y las organizaciones sindicales y políticas. Para ello, identifica las principales pautas y factores favorecedores del cambio actitudinal, así como el alcance, límites y efectos sociopolíticos del mismo en el colectivo de bachilleres y universitarios. Este artículo nos acerca, por tanto, al otro contexto clave de los sutistas: la Universidad. Esta se está convirtiendo en el fermento bullicioso donde la nueva generación empieza a cuestionarse tanto el relato de sus predecesores como su manera de entender el

mundo, lo que supondrá el germen tanto de nuevas formas de oposición, como de voces que abanderarán la petición y el impulso de cambios sociopolíticos desde dentro del sistema.

Por su parte, Guillermo Sáez utiliza diversos informes presentes en los boletines de la Dirección General de Seguridad para presentar un novedoso análisis de la estructura policial existente en España cuando comenzó a surgir entre los jóvenes la nueva conciencia de la que venimos hablando. De este modo, señala cómo la policía comenzó a considerar como enemigos a muchas de las nuevas organizaciones estudiantiles y la información que manejó sobre las mismas hasta 1965, incluyendo las referencias a una organización del propio régimen como el SUT. El seguimiento al que las fuerzas de vigilancia tenían sometido al Frente de Liberación Popular, el partido antifranquista conocido de manera coloquial como el «Felipe», permitió a la policía detectar su vinculación con el SUT y la participación de muchos jóvenes en ambas organizaciones. Este hallazgo implicaba constatar la entrada de la oposición dentro del diseño institucional de la dictadura y resultó fundamental para llevar al SUT a su desaparición. De este modo, Sáez nos ofrece en su artículo la posibilidad de observar el Sistema Universitario del Trabajo desde la perspectiva de la dictadura.

Los cuatro artículos restantes profundizan en diferentes aspectos concretos de la experiencia sutista y su evolución a lo largo de sus veinte años de vida. En este sentido, Daniel Canales conecta el SUT con la experiencia de los campos de trabajo internacionales promocionados por la UNESCO durante la posguerra. De este modo, rastrea los contactos entre este organismo y el SUT y evalúa la medida en la que los mismos facilitaron la integración del servicio español en el contexto internacional posterior a 1945.

Por su parte, Fátima Martínez se adentra en la actividad que llevó a cabo la agrupación de la organización en Santiago de Compostela, una ciudad media de la periferia de España, con una Universidad centenaria y que se convirtió durante los años sesenta en un ejemplo del semillero de cambios que germinó alrededor del mundo académico y estudiantil. A partir de su análisis micro, la autora nos permite conocer cómo funcionaba el SUT desde la perspectiva local, mostrando la evolución ideológica, el desarrollo organizativo y el despliegue de actividades de una agrupación concreta. Un estudio de caso que, además de aterrizar el SUT en la realidad cotidiana, permite conocer de manera directa cómo impactó en los estudiantes el mundo chabolista que, gracias al voluntariado, descubrieron en la puerta de su casa y, también, cómo impactó su actividad en el desarrollo de su ciudad.

El artículo de Pilar Mera-Costas analiza la participación de las mujeres en el SUT en sus diferentes dimensiones y actividades con el objetivo de conocer cómo vivieron las jóvenes esta experiencia de compromiso social, entendiendo el Servicio Universitario del Trabajo como un espacio privilegiado de aprendi-

zaje y activismo que supuso para ellas la oportunidad de abrirse a un mundo muy diferente del que el régimen franquista les tenía reservado.

Por último, Carlos Domper Lasús muestra las diferentes vías a través de las cuales el SUT recepcionó dos de los principales fenómenos político-sociales y culturales de la segunda mitad del siglo XX, el anticolonialismo y el antiimperialismo. Apoyándose tanto en testimonios orales como en documentación de la organización, describe cómo utilizaron ambos fenómenos tanto un grupo concreto de falangistas como la oposición al régimen. Además, explica las razones por las que la narrativa sobre ellos desarrollada por los segundos triunfó por un corto periodo de tiempo en los medios del SUT y las causas de esa brevedad.

Horn, Gerd-Rainer, *The Spirit of '68. Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976*, Oxford / New York, Oxford University Press, 2007.

Horn, Gerd-Rainer, *The Spirit of Vatican II. Western European Progressive Catholicism in the Long Sixties*, Oxford, Oxford University Press, 2015.

Katsiaficas, George, *The Imagination of the New Left*, Cambridge, South End Press, 1987.

Muñoz Soro, Javier, «The University Work Service (SUT): Falangism and Catholicism in a Post-Fascist Dictatorship», en Francisco Morente y Ferran Gallego (eds.), *The Last Survivor. Cultural and Social Projects in Spanish Fascism (1931-1975)*, Brighton / Portland, Sussex Academic Press, 2017: 156-180.

Patel, Kiran Klaus, *Soldiers of Labor. Labor Service in Nazi Germany and New Deal America, 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.

Renaud, Terence, *New Lefts. The making of a radical tradition*, Princeton, Princeton University Press, 2021: 234-275.

